

CONFERENCIA *“Bibliotecas, conocimiento agronómico y experimentación: la agricultura en el programa de la elite terrateniente y la Asociación Rural del Uruguay”*

Las transformaciones en la sociedad rural uruguaya en los últimos treinta años del siglo XIX, la innovación en la agricultura, así como los caminos transitados en ese sentido, dan cuenta de un universo más rico y complejo que la perspectiva que teníamos en las últimas décadas. Si el análisis se centra en los procesos de innovación y a riesgo de un planteo un tanto esquemático, es posible reconocer dos caminos diferentes, paralelos pero con puentes comunicantes. Uno es el camino “desde abajo”, me refiero a las redes de agricultores entendidas como tramas informales generadas en los vínculos de vecindad, en la observación de “lo que sucede” en el campo lindero y en el de más allá. Esa observación prestará atención a los ensayos del agricultor vecino y a sus resultados, a los nuevos cultivos y las nuevas herramientas, a las modificaciones en las rutinas productivas, al tratamiento del suelo u otras novedades. Espacios e instancias donde pequeños y medianos agricultores dialogan, comparan y sacan sus propias conclusiones. Algunos completan la síntesis de “lo que se ve” y de “lo que se oye” con lecturas sencillas que contienen información para experimentar. El paso siguiente que debe dar el agricultor es el ensayo en su finca: provisto de lo que ha observado, discutido, en algunos casos leído, procederá a aplicar, esperará y observará resultados, y luego comparará con sus vecinos. En esta etapa realiza una síntesis muy importante: 1) de todas estas experiencias, 2) de la nueva información apropiada y 3) del paquete teórico-práctico que ha recibido en herencia, en la mayoría de los casos procedente de ultramar, y que se ha visto obligado previamente a “nacionalizar” en tierra uruguaya. Debemos recordar que la mayoría de los agricultores eran inmigrantes europeos. Finalmente, deberá adoptar una serie de decisiones que implican riesgos, ya que no dispone de recursos para contratar un técnico, no existen agencias estatales que en la localidad brinden asesoramiento, el crédito es escaso y caro, las firmas importadoras de insumos para la agricultura generalmente no están radicadas en las proximidades de su finca, el acceso al mercado no es sencillo, y puedo añadir un largo etcétera, que pesan en desalentar toda innovación. Innovar es un problema, también un desafío. No obstante, otros factores actuaron como estímulo: la constitución y expansión de los pequeños mercados urbanos y principalmente de Montevideo; la demanda creciente de la industria nacional, una cierta mejora de los precios. No está ausente la pulsión por recrear la cultura rural de la sociedad de origen. De modo que, desde fines de la década

de 1860, creció el número de pequeños y medianos agricultores, en su mayoría de origen europeo, que expandieron la agricultura con un creciente perfil innovador. Esta fue la ruta “desde abajo”.

El otro camino, es el “desde arriba”, la ruta de las elites, el propuesto por la Asociación Rural del Uruguay a los terratenientes y al conjunto de la sociedad rural. En esta ruta, los recursos son otros. Terratenientes que ensayan agricultura, viajan a Europa y toman contacto con asociaciones agrarias, estaciones agronómicas, visitan las Exposiciones Universales y se informan de las últimas novedades en maquinaria agrícola, adquieren libros, folletos y se suscriben a revistas. Estos terratenientes –unos uruguayos, otros extranjeros- contaron con la información, capital, acceso al crédito y al mercado. En varias localidades, también constituyeron redes, pero estuvieron mejor posicionados para realizar agricultura científica. Por cierto, las ventajas de que disponían no eliminaban el riesgo. Este segundo camino, “desde arriba”, es el que presentaré.

Determinado el tema de la exposición, una breve relación histórica. Desde fines del siglo XVIII, el desarrollo de la revolución industrial aceleró la expansión del comercio colonial, incidió en el crecimiento de los centros urbanos europeos y el incremento de la demanda de alimentos y de materias primas. En este contexto, el sector agrario alentó un clima experimental que redundó en sucesivas novedades apreciables en el tratamiento de los suelos, la rotación e incorporación de nuevos cultivos, la modificación del instrumental de trabajo, el estudio sobre fertilizantes. Desde diferentes centros de vanguardia (Flandes, Norfolk, Mecklemburgo) estas novedades se expandieron hacia la periferia mediterránea y fuera del continente europeo. La tarea de promover una nueva agricultura no fue obra únicamente de algunos individuos, también se sumaron activamente instituciones específicas. Las primeras en constituirse en la Europa occidental, datan de la segunda mitad del siglo XVIII, como la “Sociedad para mejorar el conocimiento de la Agricultura” (Edimburgo, 1723), la “Accademia dei Georgofili” (Florencia, 1754), la “Sociedad Agrícola de Londres” (1784), y otras en Zurich (1742), Dublín y Berna (1762), Ámsterdam (1776).

Los estudios de Townshend sobre los efectos de la rotación de cultivos, de von Liebig, Bennet Lawes y Boussingault respecto a la nutrición de las plantas, y los

trabajos de Gilbert sobre el impacto de los fertilizantes orgánicos e inorgánicos en campos de cultivo, concurren a modificar la dependencia del abono animal y permitieron destinar a cultivo espacios dedicados anteriormente a la ganadería, conduciendo al uso intensivo del suelo y a una mayor productividad. Otros estudios prepararon camino para el desarrollo de las Ciencias Agrícolas, como la Fitopatología, la Entomología y la Parasitología. Entre los primeros efectos se registró un avance en el conocimiento y diagnóstico de enfermedades y en los métodos y técnicas fitosanitarias, entre ellas el control y combate de enfermedades y plagas por métodos químicos de menores costos y mayor efectividad. A fines del siglo XIX se dieron también los primeros pasos en el mejoramiento genético, se registraron adelantos en técnicas de irrigación y drenaje, así como en la mecanización agrícola configurando un cuadro más completo de la llamada “Nueva Agricultura” o “Agricultura Científica”.

En los países de mayor desarrollo capitalista como Inglaterra, Francia, Alemania, luego en Estados Unidos, se crearon algunos centros de experimentación agropecuaria e institutos de enseñanza destinados a formar los primeros cuadros técnicos. En estas novedades, nacidas inicialmente al calor de la iniciativa privada, se sumó la acción del Estado, que destinó recursos para la formación de técnicos y profesionales, instruir agricultores y apoyar débilmente la investigación.

Tanto en la Europa occidental como en territorios americanos, las sociedades y redes que vinculaban científicos, escritores, y terratenientes innovadores, desarrollaron un marcado interés por el estudio, la discusión del conocimiento científico aplicado a la producción, el seguimiento de los trabajos experimentales y los efectos de las nuevas prácticas que se generaban en el campo. La discusión de alto nivel sobre temas de agricultura en Inglaterra, en el seno de algunos círculos de la nobleza interesados en mejorar los rendimientos de sus fincas, estimuló la generación de una muy diversa literatura sobre el tema, y G. E. Fussell estima que se publicaron unos quinientos títulos entre 1840 y 1900. Durante varias décadas se impuso el formato “enciclopedia” que pudo considerarse la “apoteosis” de este género. La proliferación de obras es indicativa de su muy desigual calidad y aportes, donde no estuvieron ausentes los plagios ni las fuertes diferencias entre los autores respecto a ciertos fundamentos científicos y recomendaciones a quienes practicaban agricultura. Joel Mokyr entre otros autores aprecia que en la segunda mitad del XVIII incrementó notablemente el número de

lectores y que diccionarios y enciclopedias fueron completados con un número importante de manuales, estudios especializados, gacetas y otras publicaciones menores.

II

AGRICULTURA Y ELITES EN AMÉRICA LATINA

Bajo la influencia de la Ilustración, en España se había alentado el desarrollo de las ciencias naturales y las matemáticas, y el Estado conjugó una acción firme en sintonía con las elites locales, que plasmó en la fundación de las Sociedades Económicas de Amigos del País. Las sociedades se encargaban de impulsar la agricultura, el comercio y la industria, y de traducir y publicar obras extranjeras que se reputaban de utilidad. Entre 1775 y 1789, se fundaron más de setenta sociedades en España. Desde allí, este movimiento fermental se extendió a Hispanoamérica. Estas sociedades organizaron bibliotecas con un marcado perfil científico. La crisis del régimen colonial las llevó a una profunda atonía o bien desaparecieron; pero en una segunda etapa, y constituidos ya los nuevos Estados, varias de ellas fueron re-fundadas entre 1820 y 1830.

Los crecientes vínculos de estos territorios con el mercado internacional, luego de la independencia, generaron nuevas oportunidades para los países de la América Latina como exportadores de productos agropecuarios y minerales, determinando comportamientos nuevos en las elites dirigentes. Pacheco Troconis aprecia cierto nivel de iniciativa de los terratenientes de modo que, a partir de 1860 surgieron asociaciones de agricultores, y los Estados realizaron tibias acciones que redundaron en la fundación de museos y estaciones agrícolas que contaron con cierto nivel de investigación. Bajo la proyección del positivismo se alentaron acciones científicas de bajo costo, como fueron los “inventarios de plantas” que los Estados impulsaron entre 1880 y 1914 aproximadamente.

En todas partes se replantearon las condiciones de producción, aunque las iniciativas y resultados fueron significativamente diferentes. La importación de conocimientos científicos se procesó por diversas vías y Gregorio Weinberg señalaba que estos países se enfrentaron a una realidad peculiar en que las sociedades se organizaban en Estados nacionales como unidades políticas, frente a una ciencia que no

era nacional. Por otra parte, la ausencia de cuadros científicos y de recursos destinados a tal fin conspiraron para estimular el desarrollo de la ciencia en América Latina.

El avance en el proceso modernizador fue heterogéneo, dependiendo de factores económicos, sociales, culturales y políticos. Pacheco Troconis observa que los países del sur americano -aprovechando ventajas comparativas y competitivas, y una situación política de relativa estabilidad-, dieron pasos importantes. Brasil, Chile, Argentina y Uruguay realizaron esfuerzos por transferir el conocimiento científico agrícola generado en Europa y en EE.UU. En este episodio asumió responsabilidad el Estado, cuya dirigencia valorizó a las Ciencias Agrícolas como instrumento clave para la modernización. De la mano de europeos -franceses, belgas y alemanes, principalmente- y con la participación de algunos estadounidenses, se dieron los primeros pasos.

En Brasil, a fines del XIX, la monoproducción cafetalera y su manejo agronómico, preocupó a la burguesía paulista por las consecuencias de una producción sostenida en términos del agotamiento de los suelos, como el registrado en el distrito de Rio de Janeiro. En 1887, y siguiendo el modelo alemán, se creó la Estación de Campinas y fueron contratados técnicos y expertos extranjeros. A fines del XIX fueron elaborados planes para desarrollar la educación agrícola, tanto escuelas como facultades de ingeniería agronómica. En Chile los progresos fueron más tempranos. En 1841 fue fundada la Quinta Normal, con fondos estatales, bajo la dirección del naturalista francés Claudio Gay. Allí se combinó la producción agrícola y pecuaria con la forestal, al tiempo que se dirigieron esfuerzos al estudio de cultivos con fines industriales. En 1876, se fundó el Instituto Agrícola, con el propósito de formar agrónomos e ingenieros agrícolas. Argentina también encaró sentar las bases para una agricultura científica, en tanto terratenientes acaudalados y el Estado integraron el binomio modernizador. En 1888 fue creado el Laboratorio Agronómico-Veterinario para el estudio de las enfermedades de las plantas y el ganado y el Instituto Agronómico Veterinario de Santa Catalina (1883-1889), transformado en las Facultades de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de La Plata, en 1890. A su vez, las asociaciones de terratenientes, tanto la Sociedad Nacional de Agricultura de Chile (Santiago, 1838), la Sociedad Rural Argentina (Buenos Aires, 1866), la Asociación Rural del Uruguay (Montevideo, 1871), la Sociedade Nacional de Agricultura (Rio de Janeiro, 1897), fueron activas en promover la agricultura científica, actuaron en consonancia con el Estado, organizaron

modernas bibliotecas, editaron revistas y boletines desde los que difundieron las novedades y brindaron información y asesoramiento para el desarrollo de una moderna agropecuaria.

III

LA ASOCIACIÓN RURAL DEL URUGUAY Y LA AGRICULTURA EN EL PROYECTO DE UNA ELITE TERRATENIENTE

La agricultura en el programa de la ARU ¿una apuesta o solo un discurso?

La *Asociación Rural del Uruguay* fue fundada en 1871, iniciativa impulsada por una activa elite, que alcanzó este objetivo en el contexto de una guerra civil (1870-72) y ejerció una presión eficaz para el restablecimiento de la paz. El episodio fundacional reconocía una historia previa: la constitución de una nueva clase terrateniente que los historiadores José Pedro Barrán y Benjamín Nahum señalan estaba *“formada en su mayoría por hombres no pertenecientes a la jerarquía social tradicional”*. Reconocen como una de sus virtudes *“la apertura psicológica al cambio, la recepción apasionada de éste y el tono combativo con que lo procuró implantar”*. Finalmente, enfatizan en su mentalidad innovadora: *“Los inmigrantes que se dedicaron a las faenas rurales trajeron de sus países de origen muy distintas actitudes a las de la sociedad tradicional. Provenientes de medios más desarrollados en lo económico –Gran Bretaña, Francia, Cataluña en España- no podían menos que asumir la dirección de sus establecimientos de campo con otro espíritu: en general, el correspondiente a la burguesía capitalista que dominaba los modos de vida de sus patrias respectivas”*.

La *Asociación Rural del Uruguay* ha sido percibida como una institución que convocó y expresó a la clase ganadera progresista, e impulsó un programa de ganadería mestizada, a la que se asociaban ciertas prácticas agrícolas. En una perspectiva diferente, entiendo que -al menos en las tres décadas comprendidas entre su fundación y el cambio de siglo-, la ARU fue conducida por un núcleo de terratenientes comprometidos seriamente con la agricultura y que no hicieron de ella un mero discurso vacío. La mayoría de los miembros de esta elite eran terratenientes ganaderos, algunos ensayaron agricultura con inversiones en instalaciones y máquinas, y terceros eran

propietarios de establecimientos medianos que permitían el desarrollo de una agricultura capitalista.

En cuanto al nivel cultural de estos protagonistas, la mayoría habían realizado estudios elementales y el autodidactismo fue una vía de formación personal acorde con comportamientos innovadores que se aprecian también en otras sociedades contemporáneas de Europa, Estados Unidos y América Latina. No pocos alcanzaron una cultura general y una formación específica mediante lecturas. No faltaron profesionales formados en el exterior o en la Universidad uruguaya. También eran mayoría quienes tenían conocimientos suficientes de inglés y francés, que les facilitó el acceso a bibliografías especializadas. Adquirieron rápidamente un status social que les habilitó para cumplir cabalmente los fines corporativos en la conducción de la *Asociación Rural del Uruguay* u otros desempeños. Deben destacarse, los específicos de la ARU y sus Comisiones Auxiliares, la integración de las Comisiones que el Estado confió a la ARU durante el militarismo (Colonización, Inmigración, Agricultura). A su vez, mantuvieron sólidos vínculos “con” o bien “fueron” miembros del elenco gobernante (legisladores, ministros, presidentes de la República) e impulsaron con energía los temas y objetivos corporativos a nivel del Estado.

La prédica de la ARU prendió rápidamente en núcleos minoritarios pero muy activos en varios departamentos del sur y del litoral oeste del país. Los vehículos principales para la difusión de su programa y su pensamiento fueron la revista institucional y las Comisiones Auxiliares.

Terratenientes, acción institucional y bibliografía especializada

La creación de bibliotecas puede parecer un tema menor. Sin embargo, su importancia se comprende mejor si se tienen en cuenta los siguientes datos: 1) la tardía creación de instituciones específicas (Facultad de Agronomía, Escuelas Agrarias, Escuela de Vitivinicultura); 2) los técnicos, profesionales e idóneos –muy pocos y extranjeros-, fueron contratados por terratenientes con recursos que se proponían un emprendimiento capitalista; 3) algunos agricultores y terratenientes enviaron sus hijos a estudiar en universidades europeas o en la región, iniciativas que se registraron

contemporáneamente en otros países latinoamericanos. En este contexto un tanto desolador, la bibliografía científico-técnica cobró una relevancia indiscutible, ya que no era posible desarrollar agricultura moderna e innovar sin un bagaje de lecturas especializadas, paso previo al ensayo.

La biblioteca de la ARU

La biblioteca de la Asociación Rural del Uruguay se inauguró poco después de fundada la institución. El fondo inicial se formó a partir de las donaciones de sus socios y allegados. En oportunidades, la institución realizó compras con destino a su biblioteca central o para las Comisiones Auxiliares, y suscribió a publicaciones periódicas reputadas “imprescindibles”. La Rural no desaprovechó las circunstancias en que algunos de sus socios o directivos realizaron viajes o radicaciones prolongadas en países europeos, y les confió la compra de libros especializados. Los representantes diplomáticos de Uruguay en el exterior realizaron gestiones que redundaron en envíos de publicaciones oficiales y privadas de interés; y servicio similar prestaron los cónsules extranjeros en Montevideo. La biblioteca recibió manuscritos de sus socios y allegados, también recibió tesis de grado: por ejemplo, en 1892, el Secretario de la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de La Plata, comunicó a la ARU el envío de once tesis.

Por otra parte, una vía de acceso a preciosas bibliografías inexistentes en el país, fue el canje de publicaciones con instituciones extranjeras. La ARU editaba una revista, cuyo tiraje era, inicialmente, de 800 ejemplares y, en las dos décadas finales del XIX, se elevó a 1.200: de ese tiraje, se destinaban 400 ejemplares para canje. El procedimiento permitía incorporar con muy bajo costo publicaciones extranjeras: a título de ejemplo, en 1881, se recibieron 103 revistas y periódicos editados en Argentina, España, Francia, Italia, Chile, Portugal, Bélgica, Brasil y Estados Unidos.

Es posible seguir la “construcción histórica” de la biblioteca gremial, que sufrió en esos años un crecimiento explosivo. El inventario registraba 1.238 libros encuadernados y 529 folletos, en 1879. En 1882, los libros se elevaban a 2.410 ejemplares y, en vísperas del 900, eran unos 3.000 volúmenes.

Los contenidos temáticos de la biblioteca

El registro bibliográfico revela el interés por actividades nuevas o de escaso desarrollo en el país, y que eran valoradas como claramente modernizadoras del agro. Descontando lo genérico del rubro agronómico-agropecuario, el 56% de la biblioteca de la ARU refería a la moderna agricultura, actividades de granja y forestación, frente a un acervo más modesto (33%) en temas veterinario-ganaderos. No se pretende extraer resultados concluyentes y tan solo es indicativo de ciertos intereses y prioridades que la elite impulsaba con entusiasmo.

Respecto al rubro “agricultura”, aproximadamente, dos tercios del repertorio comprendía publicaciones sobre agricultura en general e introducían a diversas especialidades de la misma. El 13% de los libros correspondían a un tema al que la ARU dedicó un gran esfuerzo: la enseñanza agrícola. El tercer lugar lo ocupaba la vitivinicultura, con un 11% y, a distancia –5%- fruticultura, jardines y flores, maquinaria agrícola, y otros.

Por otra parte las fechas de edición de este repertorio revela la incorporación de una bibliografía muy moderna para la época, que predominó frente a las colecciones más antiguas. En definitiva, conocer la biblioteca de la ARU es conocer sus prioridades en materia de saberes y prácticas en el ámbito agrícola.

La revista gremial y la literatura agronómico-práctica

Uno de los objetivos de la revista gremial fue difundir conocimiento agronómico y veterinario mediante la reproducción de fragmentos de obras de referencia, opiniones científicas (principalmente de europeos), síntesis didáctico-prácticas de manuales en uso en los países de vanguardia agronómica (Inglaterra, Francia y Alemania) y de los países mediterráneos, lo que se explica por la fuerte presencia de agricultores inmigrantes en Uruguay. En este amplio y rico espectro, la revista no orientó hacia modelos determinados ni patrocinó posturas oficiales respecto a temas que eran debatidos o que admitían diversos tratamientos. Estas lecturas facilitaban a quienes no disponían de

demasiado tiempo o no estaban familiarizados con los libros, grandes síntesis informativas. En este espacio lector, terratenientes, pequeños y medianos agricultores debían formar opinión propia y prepararse para la toma de decisiones. Como observa Anthony Giddens, la modernidad enfrenta al individuo a sus propias decisiones, mientras que en las sociedades tradicionales se presenta un horizonte de acciones relativamente fijo.

En un segundo nivel, la publicación oficial de la ARU presentó referencias breves, a veces elementales, que plasmaron muy pronto en una sección fija, el “*Calendario Agrícola*”, que “recordaba” y “ordenaba” el año de trabajo.

En un tercer nivel, la revista introdujo diversos textos cuya autoría reconocía tanto a figuras rectoras de la institución como a sus afiliados. En estos casos, las notas más o menos extensas, proponían o informaban sobre cultivos con los que ya estaban familiarizados los autores y donde brindaban junto a la información general, apreciaciones prácticas, juicios y sugerencias de gran utilidad que resultaban de su experiencia propia y destinadas a quienes no tenían una opinión formada sobre el cultivo y sus riesgos, o bien estaban ensayando y deseaban confrontar sus experiencias y dudas con terceros.

En esta perspectiva y a título de ejemplo: en la década de 1870 se contó con importantes contribuciones del catalán Francesc Vidiella, un referente de la vitivinicultura nacional. La corporación le había pedido, en diversas oportunidades, que redactara un manual donde recogiera sus conocimientos y experiencias. Hacia mediados de 1880, Vidiella daba cuenta del estado de ese texto: llevaba escritas 78 hojas y esperaba completar sus observaciones con la próxima vendimia. Como viticultor pionero había enfrentado dificultades y fracasos, ya que los ocho mil sarmientos plantados en 1875 debió arrancarlos tres años más tarde por no obtener buenos resultados; pero en 1880 esperaba con optimismo la cosecha de los casi ochenta mil sarmientos plantados que habían reemplazado a los primeros.

La Rural promovió la traducción y edición de obras cuyo conocimiento se estimaba valioso para el agricultor, como las del francés Dr. Frédéric Sacc sobre química del suelo, algunos textos sobre práctica agrícola tomados de Edouard

Lecouteux, traducidos especialmente por el productor y socio de la ARU, Alfredo de Herrera, la obra de P. Viola y P. Ferrouillat, sobre enfermedades de la viña, traducida por el socio y viticultor Pablo Varzi.

Literatura agronómica generada por directivos y socios

Autodidactas y terratenientes, dedicaron tiempo a cierta “investigación aplicada” y a escribir. Originaron una bibliografía local de importancia por el amplio repertorio abordado y por el volumen de la información, pero aún está pendiente una evaluación agronómica de sus contenidos a la doble luz de la literatura de vanguardia en el siglo XIX y de la práctica agrícola en Uruguay. Algunas referencias –excluyendo expresamente las referentes a ganadería- pueden ser ilustrativas.

Las plantas del territorio nacional fueron objeto de un temprano estudio por parte del francés Ernest Gibert. El libro presentó un registro sustentado en un trabajo de campo que había originado un herbario, confiado por el francés a su discípulo, el vasco José Arechavaleta. Continuando en esta línea, en 1898, Arechavaleta publicó “Flora uruguaya” en 3 tomos y a inicios del siglo XX vio la luz un trabajo de Mariano Balbino Berro que había encarado en los últimos años del XIX.

Antonio Teodoro Caravia dedicó años de su vida a la preparación de manuales de agricultura general, que presentó bajo diversos formatos y en sucesivas ediciones. También fue autor de otros estudios sobre cultivos no practicados en el país. Sus obras fueron de referencia en el Plata y en otros países del continente -donde fueron adoptadas como texto para las escuelas-, mereciendo varias premiaciones. Caravia también abordó otras actividades muy asociadas con la agricultura, como fueron la cría del gusano de seda y la apicultura. Modesto Cluzeau Mortet, de larga permanencia en la dirección gremial, fue además un agricultor que dedicó tiempo considerable al trabajo con la pluma. Las numerosas notas que destinó durante años a la revista institucional, fueron acompañadas por la publicación de varios libros: unos dedicados a la agricultura cerealera (trigo y maíz), otros a cultivos no practicados en el país (colza). En la década de 1890, asumió la edición de un Anuario agrícola-ganadero-industrial.

Uno de los dirigentes de la ARU con amplios conocimientos agronómico-veterinarios e importante terrateniente innovador, Félix Buxareo Oribe, fue un prolífico autor. La mayor parte de sus trabajos versaron sobre temas de ganadería, a la que se dedicó con preferencia. Sin embargo, en su estancia “Santa María” destinó varias hectáreas a los ensayos agrícolas y fue autor de un manual bajo el título “Cartilla Agrícola”, de amplia difusión en el Río de la Plata.

Entre conocimiento teórico y prácticas agronómicas. Un episodio ilustrativo

Cuando Wenceslao Lares, propietario de una finca en el departamento de Soriano, decidió ensayar con nuevas variedades de semillas para papas, avanzada la década de 1890, no conocía los efectos devastadores de una enfermedad llamada “doryphora” y que liquidó en poco tiempo sus ensayos, dejando los tubérculos a medio desarrollo y ennegrecidos. Lares observaba desesperado la situación por temor a que la desconocida enfermedad se propagara a otras plantas. A unos pocos kilómetros de su finca, en la zona del Bequeló, el margarodes –reputado entonces una terrible y peligrosa plaga- anunciaba su presencia en los viñedos. Por si esto fuera poco, las sequías periódicas habían afectado casi mortalmente tanto los cultivos anuales como los árboles frutales de todo el perímetro de Mercedes. Además, Lares y los agricultores de ese distrito fueron advertidos por las autoridades departamentales -en sucesivas oportunidades y durante varios años consecutivos- que se temía nuevas invasiones de la langosta procedente de Entre Ríos y desde el norte uruguayo. Enfrentado a tal cúmulo de males -“una verdadera segunda venida de Cain”-, y mientras se enfrascaba en lecturas sobre el tema, había escrito a Lucio Rodríguez “amigo, no sé que carajo pasa aquí”. En síntesis, alguno de los dilemas de Lares con la papa: ¿volver a la semilla con la que trabajaba desde hacía varias décadas?, ¿proceder a un nuevo intento y con riesgo, pero aplicando una solución con una mayor concentración de azufre?, ¿abandonar el ensayo? Proprietario de un establecimiento mediano -“La Perseverancia”-, Lares fue una de las figuras destacadas de la elite de Soriano, uno de los hombres más activos vinculado a los agricultores de su entorno y a la Comisión Auxiliar de la ARU en Mercedes. Conocedor de la literatura agronómica que circulaba, fue un hombre informado que se propuso desarrollar agricultura científica, al tiempo que mantuvo correspondencia con directivos de la ARU, cuyo archivo conserva estas notas. La

situación de Lares era un tanto privilegiada por el acceso a la información, sus vínculos personales y como miembro activo de la red de Mercedes. Sin embargo su situación no era envidiable.

Enciendo la computadora. Clickeo en Google y digito INIA (Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria). Ingreso a la página y en “buscar” escribo “papa”. Inmediatamente se despliegan numerosas páginas institucionales con información muy diversa dirigida a productores, consumidores, técnicos y personas que se desempeñan en la gastronomía. Pero en 1890, no existían Google, ni el INIA, ni estaciones agronómicas. No se había creado aún la Facultad de Agronomía, y eran impensables los programas de extensión con productores. Las Escuelas Agrarias eran un sueño postergado por diversas adversidades y en Mercedes, Wenceslao Lares y sus pares, tenían muy fresco en su memoria el rotundo fracaso de la creada en Nueva Palmira, bajo la dirección del agrónomo español Juan de Cominges. La creación del título de Perito Agrónomo (1877), no se habían proyectado efectivamente sobre la actividad agropecuaria y recién en 1896 se instalaría la Escuela de Agricultura y Granja Experimental de Toledo. Los agrónomos, y personas especializadas eran bienes escasos, cuyos servicios solo podían disputar quienes contaban con recursos económicos y proyectos claros. Innovar era caro y riesgoso, era un contundente desafío. Este dilema entre innovar o mantenerse apegado a viejas rutinas era un drama individual, un drama social y el drama de un pequeño país en las puertas del siglo XX.

A la vuelta del siglo: ¿para qué queremos tantos libros?

La *Asociación Rural del Uruguay* apostó a una moderna agropecuaria, uno de cuyos pilares fue el desarrollo de la agricultura. En esa perspectiva, la actualización se persiguió tanto a través de la constitución de una biblioteca especializada y moderna, la difusión de estudios y experimentación realizados por individuos de la elite, la traducción de trabajos que se reputaron relevantes, como por la divulgación de síntesis de manuales y obras científicas a través de la revista gremial.

En sus primeras tres décadas y no pocas veces, se expresaron en el seno de la Junta Directiva de la ARU algunas inquietudes respecto a las expectativas depositadas

en la agricultura, que no se correspondían con sus magros resultados -160.000 has sembradas hacia 1860, principalmente cereales, 474.000 en 1900. Desde el impacto de la crisis de 1890 y, claramente desde que fue declarada oficialmente la presencia de la filoxera, en 1893, esas críticas se hicieron presentes en la prensa, aún en la revista gremial. El llamado de atención puede resumirse así: tres décadas de trabajo enciclopédico no eran suficientes para cambiar los hábitos de los terratenientes, ni el comportamiento de los agricultores, ni las resistencias de la población asalariada criolla al trabajo agrícola, ni el escaso éxito en retener la mano de obra europea en el medio rural uruguayo (por el mayor atractivo que ofrecían la expansión del agro pampeano o la colonización en Rio Grande do Sul). La agricultura exigía inversiones y una alta dedicación de trabajo; era muy vulnerable a plagas y accidentes climáticos; el mercado nacional, aunque en expansión, era pequeño; los costos de producción y transporte no permitían el acceso más que limitado, al mercado regional.

Hacia fines del XIX, se fue definiendo en la interna de la Asociación Rural un alineamiento crítico que observaba con alarma un cierto descuido de la ganadería en un programa que priorizaba la agricultura. Esta conciencia de que debían introducirse cambios importantes en la conducción de la institución coincidió, por otra parte, con un recambio generacional: de los miembros de la élite que habían alentado la agricultura durante casi tres décadas, hacia el 900, unos habían fallecido, otros se habían retirado por edad o razones de salud, terceros ausentes por asumir otros compromisos.

La Junta constituida en el ejercicio 1901/1902 consolidó una nueva articulación de intereses, de la que resultó fortalecida el ala ganadera. En esta nueva correlación, la representación de los ganaderos se formalizó en los nombres de Rodolfo Fonseca (Presidente), Ing. Carlos A. Arocena (uno de los dos Secretarios), Eugenio Z. O'Neill (Tesorero) y los vocales Alejandro Vitorica y Pedro Etchegaray. En procesar este cambio había cumplido importante papel el núcleo de terratenientes ganaderos del litoral, mayoritariamente sanduceros por el domicilio de sus fincas, que habían dado un primer paso al constituir la Sociedad Rural Exposición FERIA de Paysandú (1899). El programa que la ARU impulsó, al iniciar el nuevo siglo, no renegó de la agricultura, pero le asignó un rol subordinado y paulatinamente marginal. A favor de esta transición jugaron, tanto el avance de la mestización ganadera, como la instalación de la industria frigorífica que abría nuevas posibilidades a la producción ganadera. Aunque no

decisiva, pero clave, la desarticulación de las redes de agricultores una vez que impactaron sobre el agro, la crisis de 1890 y la filoxera. Redes de agricultores que habían esbozado un camino democrático y participativo para innovar.

Alcides Beretta Curi

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA DE REFERENCIA

- APEY RIVERA *Historia de la Sociedad Nacional de Agricultura. Una tradición de progreso* Santiago. SNA, 1988.
- BARRÁN, J. P. -B. Nahum *Historia rural del Uruguay moderno, 1851-1885*, T 1 Montevideo. EBO, 1967.
- BONFANTI, Daniele “Mens agitat molem” en RUIZ, Esther *Una poderosa máquina opuesta a la ignorancia. 100 años de la Facultad de Agronomía* Facultad de Agronomía-Udelar, 2007.
- BURGUEÑO, María Julia *100 años de la Asociación Rural Exposición FERIA de Paysandú* Montevideo. Editorial Fin de Siglo, 2000.
- FUSSELL, G. E. “Nineteenth-Century Farming Encyclopedias: A Note” en *Agricultural History*, Vol. 55, No. 1 (Jan., 1981), pp. 16-20.
- GARCÍA, Jesús Francisco “Las Bibliotecas especializadas y su incidencia en el contexto económico y social de América Latina” 62nd IFLA General Conference - Conference Proceedings - August 25-31, 1996: <http://www.ifla.org/IV/ifla62/62-garc.htm>
- GIDDENS, Anthony *Consecuencias de la modernidad* Madrid Alianza Editorial, 1999.
- GRACIANO, Osvaldo “Los caminos de la ciencia, el desarrollo inicial de las ciencias agronómicas y veterinarias en Argentina, 1860-1910” en *Signos Históricos*, N° 12, julio-diciembre 2004.
- GRIGG, David *The dynamics of agricultural change: the historical experience* London. Hutchinson, 1982.
- HORN, Pamela “The Contribution of the Propagandist to Eighteenth-Century Agricultural Improvement” en *The Historical Journal*, Vol. 25, No. 2 (Jun., 1982), pp. 313-329.
- MARTÍNEZ, María Laura “¿Una Facultad que nace libre de prejuicios?; la creación de la Facultad de Agronomía y Veterinaria” en *Galileo*, v. 36 2da, 2007; pp. 20 - 40
- MARTÍNEZ SHAW, Carlos “Las Sociedades Económicas de Amigos del País”: <http://www.artehistoria.jcyl.es/histesp/contextos/6794.htm>
- MOKYR, Joel “The Intellectual Origins of Modern Economic Growth” en *The Journal of Economic History*, Vol. 65, No. 2 (Jun., 2005), pp. 285-351.
- PACHECO TROCONIS, Germán “La sociedad económica de Amigos del País de Caracas, el conocimiento agronómico y el progreso agrícola (1830-1844)” en *Tierra Firme* v.21 n° 83 Caracas julio 2003
- PACHECO TROCONIS, Germán “La utopía de la nueva agricultura en Venezuela decimonónica: agronomía sin agrónomos, una empresa condenada al fracaso” en *Agroalimentaria*, Vol. 17, N° 33; julio-diciembre 2011; pp. 17-34.
- ROBLES ORTIZ, Claudio “La producción agropecuaria chilena en la ‘era del salitre’ (1880-1930)” en *América Latina en la Historia Económica*, n° 32, 2008; pp. 113-134.
- HORA, Roy “Un aspecto de la racionalidad corporativa de la Sociedad Rural Argentina: el problema de la agricultura, 1866-1930” en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* Tercera serie, n° 10, 2° semestre 1994; pp. 31-59.
- RUIZ CALDERÓN, Humberto “Con la mirada en Europa: Los estudiantes venezolanos en el exterior (siglo XIX)” en *Revista Bitácora-e* (Universidad de Los Andes) número 0001, 3-Sep-2007.
- SALDIVIA, Zenobio; DE LA JARA, Griselda “La Sociedad Nacional de Agricultura en el siglo XIX chileno: su rol social y su aporte al desarrollo científico-tecnológico” en *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* vol. V, n° 100, 1 de noviembre de 2001
- WEINBERG, Gregorio *La ciencia y la idea de progreso en América Latina 1860-1930* Buenos Aires. FCE, 1996

FUENTES CITADAS

- BERRO, Mariano *Las gramíneas de Vera: la enumeración, clasificación, y utilización forrajera* Montevideo. Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, 1906.
- BUXAREO ORIBE, Félix *Cartilla Agrícola* Barcelona. Tipografía Católica, 1897.
- CARAVIA, Antonio T. *Manual práctico del cultivador americano en forma de diccionario sobre agricultura, comprendiendo varios ramos de la economía rural y doméstica* Montevideo, Imprenta rural, 1882.
- CARAVIA, Antonio T. *Catecismo: primera parte del curso de agricultura con láminas* Montevideo. Imprenta Liberal, 1864.
- CARAVIA, Antonio T. *Manual para el cultivo del algodón. Dedicado a la República Oriental del Uruguay* Montevideo, Imprenta de la Constitución, 1862.
- CARAVIA, Antonio T. *Cultivo de las abejas y de los gusanos de seda* Montevideo. Imprenta Oriental, Octubre de 1865.
- CLUZEAU MORTET, Modesto *El maíz; su cultivo, utilidades domésticas y aplicaciones industriales* Montevideo Imprenta Rural, s/d.
- CLUZEAU MORTET, Modesto *La colza; su cultivo y aplicaciones domésticas é industriales* Montevideo. Imprenta El Siglo Ilustrado, 1887.
- CLUZEAU MORTET, Modesto *Enciclopedia agrícola-ganadera-industrial comercial y estadística de la República Oriental del Uruguay* Montevideo, A. Barreiro y Ramos, [1895?].
- GIBERT, Ernest *Catálogo de plantas de la República O. del Uruguay* Montevideo Asociación Rural del Uruguay, 1873.
- SACC, Dr. Frédéric *Química del suelo* [Traducción de la 3ª. edición francesa] Montevideo, Impr. á vapor de "La Nación," 1880.